

Escribir en una aldea reticular: intervención de los formatos en los contenidos

Gladys Carrasquel, Universitat Abat Oliba, España

Resumen: Algo difusa se vislumbra hoy aquella idea naïf de una aldea en la que lo cotidiano se redimensiona y forma parte de un espacio global, en el que gracias a la tecnología se acorta cualquier distancia, y en el que todos tenemos acceso a todo. Esa aldea existe, es cierto, pero hoy no es tan ingenua. Tiene patrones definidos, una especie de retícula en la que entras y estás condicionado a dejarte guiar o ejecutar como si tal cosa fuera lo más natural. Parecía que al pasar de la tradición oral a la escritura, ésta se quedaría para siempre, que viviríamos en esa galaxia Gutenberg que nos mostró McLuchan en forma de libro. La escritura sigue, y seguirá existiendo como modo de dar forma al pensamiento, pero hoy no es tan libre como parece. Lo que decimos es tan importante como el cómo y el dónde, y si bien es cierto que el medio no es el mensaje, sin duda aquél forma parte de éste. El concepto es lo importante, da igual el formato, dice Umberto Eco hablando del libro y de la polémica alrededor de su posible ocaso en papel. La información hoy se trasvasa y según el contenedor puede cambiar el contenido. Pero no se trata únicamente de adaptarse al formato de un medio específico, en general, entrar en un nuevo espacio de comunicación va acompañado de un cambio en la cosmovisión acerca de un suceso, tanto de quien da como de quien recibe información. La complejidad de lenguaje, se suma hoy a la complejidad del entorno mediático, en el que una suerte de capacidad de efecto mariposa recae sobre cualquier palabra o varias de ellas agrupadas como una sentencia.

Palabras clave: lenguaje, social media, aldea global, comunicación, discurso, escritura.

Abstract: Today is some diffuse the naïf notion that envision of a village where the daily is resized and is part of a global space, which thanks to technology shortens any distance and in which we all have access to everything. That village exists, true, but today is not that naïve. It has definite patterns, a kind of grid in which you enter and you are let to be guided or are expelled like it was the most natural way. It seems that when we moved from oral tradition to writing, it will stay forever, that we would live in that Gutenberg galaxy that showed us McLuchan in form of book. The writing is and will continue to exist as a way to shape the thinking, but today is not as free as it seems. What we say is as important as the how and where, and if it is true that the medium is not the message, certainly it is part of it. The concept is the important, no matter the format, says Umberto Eco talking about the book and the controversy surrounding his possible decline in paper. Today information is transferred and according to the container can change the content. But is not only to adapt the format to an specific media, because entering into a new media space is accompanied by a change in the worldview of an event, both of who gives and the one who receives information. The complexity of language is added today to the complexity of the media world, in which a sort of butterfly effect falls on any word or several of them grouped together like a sentence.

Keywords: Language, Social Media, Global Village, Communication Discourse, Scripture.

Todo trabajo “científico”, es una autobiografía disfrazada.

(Michèle Petit)

¿Qué sería del mundo si no se hubiera inventado la escritura? ¿Qué sería de nuestros pensamientos y disertaciones? ¿Qué sería del hombre, sin sus mejores aliadas y más temidas enemigas: las palabras? Y hoy... ¿Cómo sobrevive la escritura a la complejidad mediática de la sociedad 2.0?

Desde los antiguos códices, pasando por la elaboración del papiro, hasta la genialidad reproductiva de Johannes Gutenberg, la necesidad de transcribir nuestra oralidad, de materializar y asentar el pensamiento, no se ha visto ínfimamente disminuida, al contrario, el hombre ha sentido cada vez más la necesidad de crear signos para dar orden y sentido a sus razonamientos, a sus inquietudes, a su forma de conocer y relacionarse con el mundo. Esa imperiosa necesidad de compartir un universo interno, de exteriorizarlo y ponerlo en contraste con otros universos internos, es una forma de darse a conocer, pero sobre todo, una manera de saberse. Ese saber compartido no es más que la esencia de toda relación humana, una interacción que nos construye,



en este caso, con la combinación de letras, de palabras, es una parte sustancial de aquello que un buen día vinimos a denominar: Comunicación.

No existe una forma más fidedigna de construir y dar sentido al pensamiento. Escribir nunca será igual que hablar, simplemente porque no se puede transcribir lo oral sin usar los signos adecuados y acordados. En la Escritura no hay un tono de voz, no hay pausa, no hay gritos, no hay nervios, no hay amor ni hay odio, sin embargo, puede haber eso y más porque en ella cabe todo: Imágenes, desconsuelo, optimismo... Sólo hay que saberla, conocerla, porque para que lo abarque todo, debe uno saber relacionarse con ella, confiarle hasta la más íntima intención para hacerla participe de la expresión. Si sabe usarse y llega a necesitarse, se puede incluso eliminar el menor error de interpretación.

Entre tantas otras cosas, lo que vino a traer la civilización al hombre bárbaro fue el cambio del ojo por el oído. Con la llegada de la escritura, ya no había que limitarse a escuchar, el hombre tenía que mirar, focalizar, debía leer y entender lo escrito.

Esto nos hace pensar que la comprensión y codificación verdadera de las cosas se reducía a menos personas.

En los años setenta, Marshall MacLuhan (1988) nos habló de los mass media como los responsables de dar fin a la hegemonía de lo escrito, nos dijo que la radio y la televisión nos ponían en contacto con todos en todas partes, restando importancia a aquella forma de descubrimiento tradicional y visual, que ahora sucedía de manera acústica, abarcando 360 grados, remontándonos, con sus pertinentes distancias, a nuestra primitiva forma de vivir y de pensar.

El órgano dominante de la orientación sensorial y social en las sociedades prealfabéticas era el oído: “oír era creer” [...] La introducción del alfabeto fonético dio forma a unos tres mil años de historia occidental: con ese medio, la comprensión pasa a depender exclusivamente del ojo [...] La racionalidad y la visualidad han sido durante largo tiempo términos intercambiables, pero ya no vivimos en un mundo esencialmente visual. (1988, 44-45)

En su anticipada idea de que viviríamos en una Aldea Global, MacLuhan nos advierte de cómo los medios electrónicos de comunicación ayudan a construir la sensación de estar inmersos en un espacio –global– común, en el que aquéllos producen inputs que compiten directamente con nuestras percepciones cotidianas, convirtiéndose en una extensión de nuestra conciencia, de nuestros sentidos, y hasta de nuestro propio cuerpo.

Esa forma de estar expuestos a la información desmesurada, incontrolada, que nos llega por voluntad de otros, ese acontecer en el que somos receptores pasivos, ha sido tocado por la gracia de la nostalgia. En medio de tantos medios, de estar a merced de lo que otros nos quieren decir, informar y hacer creer, ha venido (o nos han traído) la necesidad de volver al origen, no sabemos de qué, pero la Aldea en la que todo está cerca, en la que todos nos sentimos como en casa, se ha vuelto más permisiva y nos ha dejado ver que también nosotros podemos emitir información, y hasta se nos ha concedido, de la manera más democrática posible, el permiso de volver a Escribir.

En la actualidad, la era digital nos invita de nuevo a saber, a conocer como se hace de manera visual, prestando atención a una cosa a la vez, a aquello que el ojo mira a través de lo leído –literalmente–; pero ahora lo hacemos de manera más plural, más abierta, sin limitar –en apariencia– nuestras habilidades racionales, dándonos la “libertad” de elegir cómo, cuándo y de qué manera queremos hacerlo, dejándonos ser fieles ejemplares ahora postmodernos de ese homo typographicus, del que nos habló, también MacLuhan, en La galaxia Gutenberg.

Sin embargo, la realidad nos dice que ese espacio que vemos amplificado y libre, está delimitado por muchos factores, entre ellos el conocimiento tecnológico y el lenguaje particular propio del lugar, lugar que puede entenderse ahora como una red social, en específico, o como la Red (Internet), en general. En ese aparente libre albedrío, en esa ilusión de oasis en el desierto, nuestra sed de mostrarnos se sacia, pero quedamos expuestos ante quienes han creado todo este

entramado, todo este camino en el que puedes ir y hacer lo que quieras, eso sí, sin salirte de la vía –o de la mira–. En otras palabras, las de Seber Ugarte: “En una retícula anárquica, se nos enfrenta a la democratización de la mirada, en la que quedan visibles nuestros sentimientos y emociones. En la paradoja de una libertad controlada, somos vulnerables en nuestra propia exposición al otro y por lo tanto al sistema” (2011: 407).

El periodista, el ensayista, el novelista, el editor, el poeta, el cronista... Todos aquellos cuyo oficio es escribir, trabajar con el lenguaje y la palabra, necesitan, necesitaron siempre, verificar la información, cotejarla, acercarla a la verdad, o bien de los hechos en el caso del periodismo o la investigación científica, o bien de las propias intenciones o necesidades expresivas, en el caso del arte. Hoy todos nos sentimos plétóricos, confiados, seguros, capaces de transmitir mucha información, de dar a otros muchos datos, creemos tener una vida llena de cosas por compartir en el momento mismo en el que las estamos viviendo, y lo hacemos.

Las redes sociales son las abanderadas en ese saber ser espacio común, plataforma-ventana en la que nos asomamos para ver y para que nos vean. Allí compartimos, allí intercambiamos, pero sobre todo allí decimos –escribiendo– con toda propiedad, aquello que en la mayoría de los casos ni siquiera nos tomamos la molestia de revisar, mucho menos confirmar, cuando puede ser necesario, su veracidad. Así de perversa puede llegar a ser esta multidisciplinar y pluricultural sociedad 2.0.

La creación del blog fue el inicio de muchas cosas, entre ellas el uso democrático y público de la palabra. Ese espacio virtual, frío y abierto, se convirtió en bitácora diaria de alguien experto en algo, que nos da lecciones a través de su experiencia, de sus vivencias, que han dejado de ser propias para ser públicas, conocidas y reconocidas, por todos quienes quieran y estén interesados en asistir a una suerte de Big Brother (Gran Hermano) escrito, y por lo tanto, algo más intelectual.

Aunque seguimos en una era donde impera la imagen, el uso popular de lo que en principio fue un procesador de palabras, nos ha llevado a todos, forzosamente, a escribir. La pantalla de la tele la hemos sustituido por la del ordenador, la del tablet o la del teléfono móvil, y el sonido de nuestra voz en un auricular, por mensajes escritos vía chat, Facebook o WhatsApp.

Desde una postura optimista, pareciera que hoy la nostalgia por tiempos eruditos, de brillantez intelectual, se hubiera instalado en el imaginario común, y con ella escribir se ha puesto de moda. Pero ningún revival es igual a la época en la que se inspira, ni saber tipear es saber escribir. Ahora todos, aún sin tener claro cómo, nos hemos vuelto alfabetos digitales, nos creemos poseedores de una inteligencia especial, nunca vista en otro tiempo, aunque a las letras nos las conozcamos demasiado bien, aunque no nos suene a nada la palabra semántica y aunque la sintaxis, en un mundo donde todos escriben, no sea un conjunto de reglas de uso común.

Hoy cuando el conocimiento se ha democratizado de tal manera que todos podemos tener acceso a todo, ciertamente la inteligencia de nuestra época es inédita. José Luis Brea (2010) al hablarnos de como abstraemos la información en esta era digital tan participativa, nos dice:

Lo que aquí tenemos es, sí, una especie de intelección multitudinaria, en enjambre, que opera como inteligencia-artificio produciendo efectos de movimiento sincronizado, entre los que el juego de diferencias no deja de producir ritmias y consonancias, reverberaciones conjugadas –a las que llamamos comunicación, entendimiento–. No hay una producción de lógicas exactas: sino el despliegue de mareas semánticas que trazan nubes de interacción para el que los conceptos funcionan como meros operadores borrosos gestores del potencial de movimiento en el espacio público de cada signo o efecto allí lanzado. (2010, 88)

Pese a todo, las palabras siguen allí, con su poder intacto, soportando cualquier mutilación, cualquier emparejamiento obligado y absurdo, cualquier falta de puntuación correcta que les acompañe. Sirviendo a los fines del Story Telling, creando historias para vender productos, o haciendo esfuerzos para no debilitarse ante el uso distorsionado de un joven enamorado que las subutiliza aun cuando es consciente de que las necesita. Así de fieles son las palabras, y sobre todo las escritas, pese a que el hombre de esta época se empeñe en hacerlas efímeras, ellas se flexibilizan, mutan, pero no se venden fácil, no perecen.

En este complejo universo, la escritura se abre espacio y se amolda para no sucumbir. Las lenguas como organismos vivos que son están en constante cambio, su forma escrita, su morfología, sus reglas, sus usos, van (re)configurándose para ir en consonancia con sus creadores, serles útiles, y como ya hemos dicho, serles fieles. Sin embargo, hoy por hoy, cuando el acto de escribir es más cotidiano que nunca, no sabemos ser leales a esa confianza que el lenguaje ofrece a quienes lo utilizan.

Los medios dónde usar/practicar la escritura no se agotan. Cada vez manan más lugares en los cuales ejercer ese legado que nos dejaron antiguas civilizaciones. Ayer, en esa era tecnológica de la que nos hablaba MacLuhan, escribir públicamente era un acto especializado, que ejercían, en teoría, aquellos que estaban preparados para ello. Los canales igualmente eran finitos, al menos en su formato. Así el imaginario colectivo tenía visos certeros de homogeneidad, la opinión pública era una, en el mundo entero.

Hoy, además de los medios masivos tradicionales de comunicación, Internet se consagra como un espacio que soporta, en forma y en cantidad, sitios inimaginables. En esa nube en la que hoy flotamos, sin saber bien cómo habitarla, el conocimiento y la información deambulan en cantidades industriales y a una velocidad que nuestro cerebro no es capaz de procesar en su totalidad, lo cual paradójicamente nos obliga a la especialización, y nos hace a todos una especie de expertos. Pero ¿expertos en qué?

En las brevísimas autobiografías de los perfiles la red social Twitter, por ejemplo, abundan las autodenominaciones de experto/especializado en... marketing, community management, innovación, hacer crecer tu dinero, buscarte un trabajo, proteger especies de la extinción, consejos de belleza, literatura transgénero, etc. En nuestro afán por formar parte de, por disminuir la angustia de ser excluidos de la cultura 2.0, los más astutos se enfocan en una sola cosa e intentan pescar toda la información que sea posible, para dar fe de su supuesto rigor, ignorando todo aquello que no esté asociado al tema. De allí que en una época en la que el conocimiento es más democrático que nunca, cada vez más seamos más especialistas pero también más ignorantes.

Escribir publicitariamente, redactar una noticia, hacer narrativa, son actividades que para las cuales las personas con aptitudes e inquietudes específicas se forman. Pero escribir correctamente, poner en negro sobre blanco una idea, un pensamiento o transcribir una conversación son tareas que, todas las personas que pasamos por un proceso de educación formal, deberíamos saber desempeñar. No se trata de ser puristas, más bien de ser abiertos, de adaptarnos al medio, de saber que aunque nos entenderán si obviamos signos de puntuación en WhatsApp, somos capaces de escribir una reseña con el mínimo respeto por las funciones que desempeña cada elemento dentro de la expresión escrita. Luego se puede hablar de editar, de correcciones, de estilo, pero ahora nos referimos a lo más simple, a poder expresarnos de acuerdo a nuestras intenciones.

Saber escribir es también saber leer, y viceversa. Conocer los elementos y sus funciones dentro del lenguaje escrito, nos hace capaces tanto de interpretar un texto como de exponer una idea. Resulta curioso cómo en la pereza de escribir correctamente, desarrollamos la capacidad de saber leer (in)correctamente y entendemos, o no, el sentido de una oración en un mensaje corto, un sms por ejemplo. Tal vez, con los dispositivos móviles estemos desarrollando una especie de intuición para suponer lo que el otro quiere decir, y así lo inmediato fluye con la rapidez que requerimos, dejando la coma y el signo de interrogación para cuando estemos en la calma del Word.

A modo de retícula, se nos marcan los límites. Se nos presentan infinitos formatos, pero la forma expresiva debe seguir ciertos patrones. Nadie nos obliga a escribir mal, pero en esta enorme Aldea no tenemos tiempo ni capacidad de filtrar tanta información, ni de discernir que si somos protagonistas es porque nos han colocado allí. En esta intimidad global sentimos la necesidad permanente de decir algo, de que se nos escuche, y en la mayoría de los medios que tenemos al alcance para ello debemos hacerlo de forma escrita, hasta las fotos que colgamos en

Facebook o en Instagram suelen tener un título, una leyenda, una (micro) historia, aunque sea banal. Lo que no podemos permitirnos es quedarnos callados, y en esa lucha por ser mirados y escuchados, perdemos profundidad, dejamos de ver hacia adentro, nos quedamos en una superficie que nada pide, y sin embargo arrasa con casi todo, y en ese vendaval perdemos comas, letras, puntos, ortografía, palabras... Y con ello se agrieta la propia semántica, el concepto, el intelecto.

Desde el punto de vista propio del lenguaje y a propósito de la creciente inquietud por lograr una expresión personal, según Marina Subirats, la proliferación de cientos y cientos de discursos crea algo que nos resulta oportuno denominar individualidad colectiva, ya que, como dice esta autora, en este contexto “los códigos colectivos tienden a romperse, los lenguajes se recodifican, y el sentido es cada vez menos compartido” (2011: 98).

En este sentido, resulta muy oportuno hacer referencia al término autocomunicación de masas creado por Manuel Castells, con el cual denomina la forma en que se producen y comparten contenidos en las redes sociales, en las que aparentemente se gesta un nuevo modo de comunicar. En su libro *Comunicación y Poder* nos dice lo siguiente:

[...] Hasta cierto punto, una parte importante de esta forma de autocomunicación de masas se parece más al «autismo electrónico» que a la comunicación real. Sin embargo, cualquier cosa que se cuelgue en Internet, con independencia de la intención del autor, se convierte en una botella lanzada al océano de la comunicación global, un mensaje susceptible de ser recibido y procesado de formas imprevistas. (Castells, 2009: 102-103)

Esa aparente libertad plena para comunicarnos, esa total democratización del conocimiento y de la forma en que lo compartimos, nos deja a la deriva, con la sensación, muchas veces (in)consciente, de estar perdidos. Tal vez por eso existe actualmente ese sentimiento nostálgico por lo viejo, lo de otra época, lo retro. Quizás por eso muchos nos aferramos a los libros, aun en su versión electrónica, o por esta misma razón se inventan apps (aplicaciones) para hacer usos manuales de la tecnología –como escribir o dibujar a mano sobre la pantalla de un dispositivo electrónico–, para volver a aquello que nos dio tranquilidad y que nos ayuda a sentirnos un poco menos etéreos, efímeros; todo lo cual debe resultar muy exótico para los nativos digitales.

Esto también queda en evidencia, como bien nos dice Nicholas Carr (2011), cuando estamos en Internet, cuando vemos que en la pantalla del ordenador una página web parece realmente una página, pero son tantas las formas de movernos en esa información, son tantas las posibilidades y opciones para navegarla, que nuestra forma de acercarnos a ese contenido nos lleva a entenderlo de una forma distinta a como entenderíamos las mismas palabras escritas en un medio impreso.

Cuando Umberto Eco (2010) reflexiona sobre los cambios culturales inducidos por las nuevas tecnologías, y especialmente en la forma de escribir, nos cuenta cómo antes él estaba obligado a redactar un borrador final, a tener una última versión –de uno de sus libros por ejemplo– ante el cansancio que implicaba mecanografiar un manuscrito, revisarlo y volverlo a transcribir, una y otra vez, así llegaba al punto de necesitar decidirse por una versión definitiva. Con el ordenador, podemos tener infinitas versiones, y esto supone una ganancia en cuanto que nos libramos de aquél agotamiento.

Pero no todos somos Umberto Eco. Tener la posibilidad de abrir, corregir, editar, cambiar, agregar, guardar como, eliminar, cortar, pegar, cada vez que nos apetezca, nos aleja de la apremiante necesidad de definir y delimitar una idea, de poner fin a un discurso. Si escribir es la manera de ordenar y expresar nuestro pensamiento, entonces esa suerte de borrador infinito, lo convierte en eso: Un borrador permanente, y como tal ilimitado pero también indeciso, indefinido, inacabado. Esa sensación de levedad de la que hablábamos antes, abarca también a nuestra forma de pensar, desdibujándola como uno más de los elementos inmersos en esa cultura de lo volátil.

Internet aporta lo suyo con su ingente cantidad de información, tiene tanta que debe fragmentarla, y en esa separación por partes también desdibuja muchas veces las ideas, al conectar con todo y a la vez desconectar nuestra atención de los textos que leemos hipervínculo tras hipervínculo. Esto lo deja muy claro Carr (2011) en su libro *Superficiales*, cuando nos habla

de cómo la Red cambia nuestra forma de leer y abordar el conocimiento, porque si bien los enlaces están hechos para captar nuestra atención y ampliar la información que nos interesa, este gran valor va de la mano de su indiscutible capacidad de distracción.

El medio es el masaje (y el mensaje) decía MacLuhan, y al subsanar necesidades específicas, como hemos dicho, se convierte en una prolongación física o psíquica de alguna parte de nuestro cuerpo. Así el libro es una prolongación del ojo y el lápiz de la mano, pero hoy el ordenador ha pasado a ser una extensión de ambos, y de nuestro pensamiento. Lo necesitamos a donde sea que vayamos y hasta resulta complicado formular ideas escritas sin él, se convirtió un fundamento del quehacer.

En la actualidad tenemos todo a nuestra disposición, y es cierto que debemos especializarnos para no ahogarnos entre tanta información, pero debemos saber sacar el mayor provecho de las herramientas. Resulta necesario hacer esfuerzos por aprender y enseñar a filtrar, a crear criterio, porque corremos el insalvable riesgo de perdernos saberes indispensables para irrigar nuestro pensamiento, para entrenarlo y para comprender esta compleja cultura contemporánea en la que nos movemos.

Como afirma Steven Pinker “las palabras son propiedad de una comunidad” (2007: 33) y la forma en que se acuerda su uso sigue siendo un misterio. Las palabras son también la fuente de riqueza de la vida intelectual humana; es justo que nos sintamos libres de usarlas como queremos, pero también que las respetemos, que nos salgamos de la retícula y las salvemos, como propietarios debemos asumir nuestras responsabilidades, porque su futuro puede llegar a ser muy incierto.

REFERENCIAS

- Brea, J.L. (2010). *Las 3 eras de la imagen*. Barcelona: Akal.
- Carr, N. (2011). *Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*. Madrid: Taurus.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y Poder*. Madrid: Alianza.
- Eco, U. y Carrière J.C. (2010). *Nadie acabará con los libros*. Caracas: Lumen.
- MacLuhan, M. (1998). *La galaxia Gutenberg*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- MacLuhan, M y Fiore Q. (1988). *El medio es el masaje*. Barcelona: Paidós.
- MacLuhan, M y Powers, B.R. (2002). *La Aldea Global*. Barcelona: Gedisa.
- Pinker, S. (2007). *El mundo de las palabras*. Barcelona: Paidós.
- Subirats, M. (2011). “La Sociedad del Conocimiento y sus dificultades de producción”. En: M. Subirats, *La Sociedad de la Ignorancia*. (pp. 87-104). Barcelona: Península.
- Ugarte, S. (2011). “Panóptico Virtual(es). Las herramientas sistemáticas de contro en la red”. En: S. Ugarte, *IX Congreso de Investigadores Audiovisuales: Retos y oportunidades de la comunicación multimedia en la era 2.0* (Comp.) (pp. 404-412). Huesca.

SOBRE LA AUTORA

Gladys Carrasquel: es Licenciada en Comunicación Audiovisual en la Universidad Católica Andrés Bello y Máster en Psicocreatividad en la Universitat Autònoma de Barcelona. Es secretaria en el grupo de investigación psicrea: reserch, de la Universitat Abat Oliba. También es content editor en la web del grupo www.psicrea.com. Como copywriter, ha trabajado en canales de tv y agencias de publicidad (Grey, Publicis); y como asistente de fotografía en factor dos studio, Barcelona. Actualmente escribe artículos sobre temas de creatividad en diferentes publicaciones online, y es Content Editor en www.bemycity.com.